

## LA OPOSICIÓN REALISMO/IDEALISMO EN LA LITERATURA\*

Francisco Garrote Pérez  
Universidad de Salamanca  
fgarrote@gugu.usal.es

1

La discusión sobre la naturaleza y alcance del realismo y del idealismo en la literatura da la sensación de ser una cuestión impertinente, pues todos estamos convencidos de tratarse de unas categorías aceptadas y con una función tan básica y consagrada en los estudios literarios que no admiten discusión alguna.

Sin embargo, muchas veces he llegado a la conclusión, en el análisis de los textos literarios, de que, lo que llamamos idealismo, puede considerarse también como realismo y lo mismo sucede si se enfoca desde el punto de vista contrario. De este modo comienza la confusión. Tal vez se trate de apreciaciones personales y, sin duda alguna, puedo estar equivocado, no obstante prefiero exponer mis inquietudes más que mis ideas, tal vez, partiendo de la duda, pueda hallar alguna respuesta satisfactoria.

2

La aparición de ambos términos y su consiguiente oposición nacen en la Edad Moderna e imprime un giro radical a la especulación filosófica, que se separa del pensar filosófico de los antiguos y medievales y se convierte en un método y en una concepción del mundo. Pero lo más importante es que, frente a la calificación de realistas, en sentido metafísico, dada a las doctrinas anteriores, el idealismo moderno, a partir de Descartes, destaca a primer plano la posición idealista, apareciendo gradualmente como oposición lógica el término de realismo. Por tanto, el

\* Proyecto de Investigación LE 59/04.

término idealismo es de acuñación filosófica, no literaria, que pasó de la filosofía idealista alemana a la literatura con el romanticismo germano. Desde entonces, todos hemos hecho la distinción entre literatura idealista, de base platónica, y realista, fundamentada en Aristóteles, y pensamos que son divisiones fructíferas y acertadas. Además, hemos vuelto la vista hacia atrás en el tiempo y hemos aplicado los términos a todas las literaturas anteriores, dividiéndolas en idealistas y realistas.

Ante tal situación, uno puede preguntarse si es válida esta actitud intelectual y la consiguiente división de la literatura en dos vertientes enfrentadas entre sí.

### 3

Desde la aparición de los términos de realismo e idealismo hasta hoy, se observa una gran confusión entre conceptos como “idealismo” y “subjetivismo”, “realismo” y “objetivismo” e, incluso, “materialismo”, que muchas veces se identifican, cuando en realidad existen diferencias entre ellos. Claro, sabemos que muchas de estas confusiones o identificaciones provienen de las diversas posturas ideológicas encaminadas a descalificar las posiciones contrarias, para lo cual se ha modificado de una forma sistemática el significado y el alcance de dichos términos. Ahora bien, si hoy tienen vigencia estas palabras, es en los círculos especializados, fuera de ellos han perdido el sentido heredado y se han reducido a unas apreciaciones demasiado vagas e imprecisas. Ciertamente es una lástima que términos como *idea*, *idealista* o *idealismo*, que en su origen disponen de una gran riqueza semántica, se hayan degradado tanto que apenas sean reconocibles, pues realmente resultan ser aberraciones del pensamiento<sup>1</sup>.

Pero lo que más llama la atención es la seguridad con que se enfoca y se determina la parcela literaria llamada idealista, sin pensar que el término “idealista” no es unívoco, sino que es capaz de ser considerado en

<sup>1</sup> El espacio no permite entrar en estos contenidos, para su consulta puede leerse la monografía de Otto Willmann, *Die Wichtigsten Philosophischen Fachausdrücke* (Munich, 1909), donde sigue detalladamente los cambios de significación de estas palabras a lo largo del tiempo.

el plano psicológico, gnoseológico o metafísico e, incluso, dentro de cada uno de estos niveles, puede recibir múltiples acepciones, llegando al extremo de que muchas veces no se perciba el sentido de la palabra, a no ser que vaya adjetivada, como puede ser, además de los vistos, los de “subjetivo”, “objetivo”, “absoluto”, “crítico”, “trascendental”, “teleológico”, etc. A lo que hay que añadir la infinidad de momentos en que se confunden estas diversas significaciones y, a veces, se mezclan con el *idealismo de los ideales*, confundiéndolo con el *idealismo de las ideas*, lo que lleva con mucha frecuencia a descubrir que literaturas consideradas como idealistas son de hecho realistas. De ahí que cuando se discute este término de “idealismo”, muchas veces, al determinar su significado, no se tenga en cuenta acepciones afines, como *idealista*, *idealizado*, *ideal* o *el ideal* (sustantivo), palabras que proceden todas del término griego *idéa*, que puede significar ‘imagen’, ‘figura’ o ‘forma’, lo mismo que ‘ semejanza’ o ‘copia’ y también ‘modelo’ o ‘patrón’, que mide el valor de las obras o la bondad o maldad de las acciones o del comportamiento en orden a conseguir ese ideal. Tal es el caso del autor literario, del que decimos que idealiza el tema, porque lo presenta más bello o más noble que aparece en la realidad o porque su obra será tanto más perfecta cuanto más se aproxime al ideal. Entonces, buscar la perfección de la obra literaria, medir el producto artístico con el patrón de la perfección, una tarea noble y digna de cualquier artista, no creo que pueda considerarse como idealismo, a no ser que se confunda idealismo con afán de perfección o que dependa del grado de aproximación al patrón o ideal para determinar si la obra es realista o idealista, con lo que, la obra que más se aproxime al modelo de perfección, sería idealista y, la que menos, realista por estar más próxima a la realidad. Evidentemente, nada de esto tiene sentido, pues la obra considerada más idealista, puede demostrarse que es realista y al contrario. Lo que exige el determinar criterios concretos para establecer un punto de partida, pero antes habrá que aclarar otras cuestiones.

## 4

Es normal que, desde el punto de vista actual, quien habla de filosofía platónica o neoplatónica las considere idealistas, lo mismo que la literatura inspirada en estas ideologías. Exactamente igual sucede con el aristotelismo y la literatura que se apoya en sus ideas poéticas, sólo que en

este caso hablarán de realismo. Esto ha llevado a colocar en oposición idealismo y realismo.

Platón afirmaba que el mundo real es una copia del mundo de las ideas, un universo ideal, suprasensible e inteligible. Entonces, todo lo que el hombre observa en la realidad, es una impresión o huella hecha por las ideas del mundo superior. Ahora bien, esas cosas o huellas son reales, aunque estén en penumbra, pues reciben la forma de algo superior, que también es considerado como real. Sólo cuando las conoce pone en relación la huella con su modelo mediante la noticia que tiene en sus facultades de ese modelo. De este modo se asegura la comunicación de lo real con esa dimensión espiritual o trascendente a través del espíritu que habita en el interior del hombre.

Aristóteles, por el contrario, no cree en la primacía de las ideas, ni tampoco en que las cosas sean mera copia de las ideas, sino que las cosas son reales, porque cada cual dispone de su esencia inmanente e independiente de las demás y, en todo caso, esa esencia es inteligible. Entonces lo interesante es lo real y se abandona todo aquello que proceda del plano de lo ideal. Con lo que desaparece cualquier comunicación entre lo real y lo ideal.

Los dos, pues, coinciden en reconocer la existencia real de las cosas y seres, la diferencia viene dada en que el segundo considera que la esencia es inmanente a cada ser, mientras que el primero cree que la esencia es trascendente y, en consecuencia, hay que descubrirla, para lo cual es necesario partir del mundo real y llegar a las ideas de las cosas, al mundo trascendente, para encontrar la verdadera realidad. Entonces, se me ocurre que es más lógico llamar idealismo inmanente a la postura aristotélica, por contraposición al idealismo trascendental de Platón, porque la esencia de un sistema equivale a la idea del otro y ambas tienen el mismo significado y las dos son inteligibles. Del mismo modo se puede hablar de realismo inmanente y de realismo intelectual, pues la línea realista considera que la verdadera realidad está en las cosas y la llamada idealista afirma que reside en las ideas y, si ahí está la auténtica realidad o verdad de las cosas y es inteligible, también podrá considerarse como realismo intelectual. Así parece confirmarlo los filósofos de la teoría de los universales cuando reflexionaron sobre el platonismo, los cuales lo consideraron como realismo, desde el momento en que sostenían que las ideas son reales, por lo que no se les ocurrió hablar de realismo o idealismo, sino de realismo y nominalismo (realismo y subjetivismo), es decir, si las ideas son reales o

son meros productos mentales, construcciones subjetivas, nombres que tienen como contrapartida cosas individuales en la realidad.

Se puede deducir también con facilidad –y esto parece interesante– que ambas posturas intelectuales dejan entrever una especie de dualismo, un plano superior, que es el de un ser primero y más alto, que es Dios, y otro inferior, el de las cosas o seres individuales de este mundo visible, los cuales deben caminar hacia la perfección del superior. Mas este esquema dualista de pensamiento, que incluye diversos niveles, no equivale de modo alguno a la distinción u oposición entre realismo e idealismo, sino que ambos convergen en una unidad, pues la comunicación entre ambos niveles está asegurada. Tal sensación de dualismo no tiene otro alcance que evitar el monismo, doctrina que haría derivar lo inferior y lo superior de uno y mismo Ser Absoluto. Ahora bien, como ese Ser supremo es la causa y fin trascendente del mundo inferior, se establecen las diferencias entre Dios y el mundo, entre lo infinito y lo finito, aparecen también la verdad objetiva en las cosas que son conocidas y la verdad subjetiva en la mente de quien las conoce, todo lo cual conforma una especie de dualismo, en el que nada se opone a nada, sino que ambos niveles se complementan en el conocimiento del mundo y del hombre, en la explicación de la causa y finalidad de las cosas, de su naturaleza y valor, combinando lo ontológico, lo gnoseológico, lo ético y la filosofía de la naturaleza.

A partir de estas simples observaciones, cualquiera puede deducir que esa oposición entre realismo e idealismo es imposible, pues lo que se percibe es una aproximación, nunca una oposición, entre lo que entendemos por realismo e idealismo, lo cual es elocuente a la hora de establecer criterios claros sobre dicha cuestión.

## 5

La comprensión del dilema realismo/idealismo depende, considerado desde el punto de vista gnoseológico o epistemológico, del análisis de la realidad en términos de *sujeto* y *objeto*, lo cual exige, por un lado, la organización de la realidad en términos de relación de los objetos entre sí y, por otro, la necesidad de un contacto, sea de la naturaleza que sea, de ese objeto real con el sujeto cognoscente. Es decir, que los objetos de la realidad tienen que afectar los órganos de los sentidos.

Las diferencias surgen en cuanto nos acercamos a los dos modelos tradicionales, pues la doctrina aristotélica considera que las cosas son reales y sustanciales, las cuales impresionan el sentido y la razón las conoce, pero el objeto mantiene su independencia del sujeto. En dicho proceso sensitivo, permanece el dualismo entre sujeto (base del idealismo) y el objeto (fuente del realismo). La línea platónica, por el contrario, establece que son las sensaciones y la acción del alma del sujeto quienes dan la forma o la idea, aunque sea de modo imperfecto, a las cosas reales, porque, al recibir la sensación del objeto exterior, lo conforma y lo conoce mediante la aplicación de la idea o noticia que tiene en su mente de la idea universal, pero, en esa verificación, el objeto conocido se identifica con el sujeto que conoce mediante la función del espíritu, que universaliza el objeto exterior en la realidad de la idea, desapareciendo de este modo la dualidad y, en consecuencia, la distinción u oposición entre realismo e idealismo.

Dejando a un lado la serie de preguntas que se hicieron los idealistas modernos, muchas veces insolubles, desde estos dos sistemas tradicionales, la dificultad mayor la presenta la doctrina peripatética, pues, al permanecer la separación entre objeto y sujeto, desdobra el mundo, ya que separa lo material de lo espiritual, lo que no le permite solucionar el problema de cómo se puede pasar de las sensaciones, algo inmanente al sujeto que conoce, al mundo trascendente. Por ello se reduce a la mera realidad y a lo que la razón pueda descubrir en ella mediante la comparación o semejanza entre cosas terminadas y perfectas, por lo que no se pueden modificar, ya que no necesitan conseguir la perfección y, por tanto, el sujeto cognoscente no precisa del ascenso a niveles superiores en busca de dicha perfección. Es lógico, pues, que aquí el idealismo carezca de funcionalidad y sea algo inútil y extraño al funcionamiento de la razón que se centra en el realismo de las cosas observables y experimentables.

La otra línea, por el contrario, gana en amplitud y en unidad. En efecto, por la sensación y la consecuente actuación de la razón, conoce los objetos exteriores, pero al aplicar el patrón de la idea, algo que está en su interior, se da cuenta de que ese objeto exterior es más imperfecto que su idea interior y hacia ahí lo reenvía en busca de perfección para poder conocerlo. Ahora bien, en ese mismo momento, lo interioriza de tal modo que deja de existir como objeto exterior y desaparece la oposición objeto/sujeto. Esa distancia, que hay entre la cosa real e imperfecta, recibida por los sentidos, y la perfección de la idea, es lo que le permite pasar a la razón a esos niveles superiores, aumentar en conocimiento por

medio de las facultades superiores y buscar en su interior una mayor perfección del objeto sensible percibido. Por este camino de la experiencia subjetiva, le es posible pasar de lo sensible a lo inteligible, de lo material a lo espiritual, de la realidad a la trascendencia, del realismo al idealismo, y así completar el conocimiento de la realidad percibida, que es la coincidencia del objeto conocido con su idea, la cual es su verdadera realidad, la verdad, no la realidad sensible, que era una sombra de lo que debería ser. Por tanto, lo que llamamos realismo es el punto de partida de un proceso que continúa y culmina con lo que entendemos por idealismo, con lo cual desaparece cualquier oposición entre ambos términos y los dos se reducen a un único camino de búsqueda de la perfección del objeto real, que ha entrado por los sentidos y ha asimilado el sujeto que conoce.

Ahora, uno puede preguntarse si esas diferencias en la relación objeto/sujeto pueden justificar la oposición entre realismo e idealismo. Pienso que ese sujeto, que conoce un objeto, en ambas líneas se basa en la sensación, con la diferencia de que en una no rebasa lo real, se queda en la experiencia objetiva, mientras que en la otra, que subjetiviza la experiencia, llega hasta el ser trascendente, porque necesita de un espacio para poder descubrir la verdad, la perfección, mientras que el realista no lo necesita, porque ese objeto que conoce es por sí mismo perfecto. Mas, a pesar de estas diferencias, poca dificultad hay para convertir al realismo y al idealismo en las dos caras de una misma moneda o en dos etapas de un mismo proceso, que consiste en la búsqueda de la verdad y de la auténtica realidad de las cosas sensibles y reales.

En conclusión, gradualmente se ha ido descubriendo que la oposición entre realismo e idealismo no es tan férrea e insalvable que no se pueda establecer conexiones entre ambas categorías. En realidad, más que oponerse, se complementan, lo que, a medida que avancemos, irá apareciendo cada vez con mayor claridad.

## 6

Si pasamos al idealismo moderno, observaremos ante todo que toma una cierta cautela ante las cosas, mucho más extrema que la de la línea platónica, lo que supone abandonar la tranquilidad en que vivía el hombre antiguo y medieval, quien con la sola visión de las cosas adquiría la

verdad sobre ellas y la verdad no era más que la adecuación entre la mente y la cosa.

Este idealismo traduce su cautela en el abandono de las cosas reales, se aparta de los seres sensibles y de las sensaciones producidas en los sentidos y del juicio posterior a la sensación, lo que le lleva, no a buscar la esencia de las cosas, sino a cómo puede conocerlas. Actitud que va mucho más allá que la verdad de lo inteligible o la falacia de lo sensible de Platón, pues, mientras este salvaba las apariencias, los idealistas, desde Descartes a Kant e incluso más allá en el tiempo, no pretenden ni salvar siquiera dichas apariencias, sino que se introducen en su interioridad y, en el sujeto, no en el objeto, buscan las respuestas a los problemas del conocimiento, de la verdad y de la realidad.

El idealismo moderno, pues, se centra en el sujeto cognoscente y prácticamente desaparece la relación con el objeto, al menos en el sentido tradicional, porque se centra en los contenidos de conciencia, en los contenidos de pensamiento, en el sujeto trascendental o como le llame cada pensador. Es decir, se trata de un sujeto pensante o un “yo” que contiene en su interior todas las cosas, que es el punto en que converge todo idealismo. De este modo, las cosas no existen porque las vea en la realidad (ruptura de la relación sujeto/objeto), sino porque las pienso y, si las pienso, las puedo conocer y, si soy capaz de hacer todo esto, es que son verdaderas. Tal actitud ante el problema de la verdad es lo que mejor diferencia al idealismo de cualquier forma de realismo. El realista, ante la pregunta de qué es la verdad, responde señalando los seres que considera verdaderos, mientras que el idealista mira a su interior y dice que el verdadero es aquel ser que él piensa que es verdadero, con lo que responde con una identificación entre la verdad y su conocimiento, el cual esconde o detecta la verdad de todo ser.

Resumiendo, este idealismo reduce todo al ser pensado, pero el mayor problema que encuentra es cómo dar el paso a la trascendencia como medio de justificación de las cosas. Y la solución que halla es transformar el sujeto pensante o cognoscente en *sujeto absoluto*, con lo que su pensamiento es el único juez capaz de descubrir la verdad de todo, aunque pueda dar la sensación de disolverse el sujeto. En fin, el idealismo moderno, se adjetive de una forma o de otra, tiende siempre a encerrar el mundo en el sujeto, ya sea gnoseológico, como ser pensante, ya sea metafísico, cuando se convierte en ser absoluto, lo que le lleva a presentar el mundo como producto de su conciencia. Por tanto, todo es según lo



piensa el ser humano, camino que lleva a descubrir que el idealismo se desenvuelve dentro de los ámbitos del subjetivismo o participa ampliamente de él, porque suprime incluso la realidad de los principios ideales, confinándolos exclusivamente a los dominios inmanentes del sujeto pensante. Así considerado el idealismo es una clara oposición al realismo.

Todo esto ya se va aproximando al concepto común que tenemos del realismo, algo muy alejado de la realidad y sin posibilidad de justificación, pues las ideas claras y distintas son productos ideales de nuestro pensamiento y, como es evidente, todo es del color del cristal con que lo mire el “yo”, que es lo único cierto y la medida justificadora de todas las cosas, pues es imposible cualquier norma objetiva de verificación. Pero, el que está enfrente, mide desde la razón, no desde la conciencia, y tiene muchas dificultades para admitir dichas propuestas, desde el momento que sólo acepta lo verificable o lo medible. Y, claro, la literatura, producto de la imaginación, es fácilmente asimilable a esta postura idealista fuera de los medios académicos, con lo que muchos la consideran como falta de verdad, como un conjunto de elucubraciones sin estar sujetas a regla ni a medida y, por ello, despreciable e inútil. Por todo ello, tras este idealismo filosófico y la literatura romántica, históricamente surge como oposición el realismo y la literatura realista, otro medio distinto de conocimiento y de explicación de la realidad. De todos modos, este idealismo, tal como lo hemos visto, es ante todo una solución particular al problema crítico de la verdad, pero más bien se trata de una moda, la manifestación de una época y de una cultura, la cual, por su desconfianza radical ante la realidad o por su actitud laica a cualquier asomo de trascendencia, encierra todo en la conciencia, se convierte en puro subjetivismo muy alejado de la realidad.

## 7

La solución a este problema creo que no está en la exageración del idealismo convertido en pura subjetividad, como tampoco en la del realismo visto como exclusiva objetividad, porque, si puedo conocer, es por la autonomía inicial del objeto con relación al sujeto, pues los objetos se me imponen como datos exteriores al sujeto, independientes y anteriores a cualquier subjetividad, pero esta tiene un papel fundamental e imprescindible. Por tanto, es necesario el análisis de la realidad sensible

dentro de ese proceso interactivo de sujeto/objeto, que es el inicio del conocimiento. Poco importa quien determine a quien, lo fundamental es la relación mutua entre ambos mediante los sentidos y el juicio de la razón. De donde se va perfilando ya que tampoco es aceptable la separación o contraposición entre realismo e idealismo, pues todos los datos apuntan a una complementariedad o, si se quiere, a la yuxtaposición de ambos términos, que no es más que una codeterminación del objeto y el sujeto, como ya pensaban los escolásticos medievales (*ex objecto et subjecto paritur notitia*). De este modo, lo que rodea al objeto representaría el realismo, el sujeto pondría los ingredientes idealistas y la conexión con el nivel metafísico aportaría el hiperrealismo, que combina sabiamente el idealismo con el realismo, lo que supondría la unión y la continuidad del proceso gnoseológico desde el objeto sensible hasta lo cósmico y trascendente, desde la realidad hasta el conocimiento total.

La explicación de esta tarea común del sujeto y del objeto se entiende actualmente como la interacción entre el *campo neuronal* del sujeto y el *campo espacio-temporal* en que se desenvuelve el objeto, siendo los sentidos los responsables de la comunicación entre ambos mediante estímulos electroquímicos. Ahora bien, esta teoría pone el acento en el sujeto, ya que no se centra en la experiencia de los objetos externos, sino en las condiciones que posibilitan dicha experiencia, que son las del sujeto cognoscente cuando se decide voluntariamente a hacerlas posibles. Quiere decir esto que el sujeto es independiente del objeto y, por tanto, escapa a lo empírico, aunque no impide la interacción. En efecto, se asegura la interacción por cuanto es el campo neuronal el que, por sus propias características de campo, va más allá de los elementos que lo componen, así abandona el cerebro e interactúa en el campo del objeto por medio del sentido, el cual es estimulado por una actividad electroquímica, que produce señales eléctricas discretas (la información), las cuales hacen interactuar entre sí a las células del campo neuronal y producen la sensación subjetiva, el conocimiento, porque el cerebro es capaz de descodificar esta información de las imágenes visuales y de los códigos sonoros en algo más familiar para el manejo consciente.

Luego el proceso del conocimiento se basa en una interacción de los dos campos vistos, comienza con un dualismo, pero como la acción del campo espacio-temporal es puramente mecánica, el que lleva a cabo todo el trabajo consciente es el campo neuronal del sujeto, que es el que permite la desaparición del dualismo, convirtiendo el conocimiento en

algo íntimo al sujeto que conoce, directo e independiente del objeto, en una experiencia interior.

Vista así la preeminencia del sujeto en el proceso del conocimiento, es lógico que se destaquen tres elementos: el “yo” sensible, el sujeto que percibe y el pensamiento, lo que está indicando que el sujeto es trascendental o, al menos, independiente del objeto por escapar de lo empírico exterior. Y si es independiente del objeto experiencial, su conocimiento ya no es *dual*, sino *íntimo*, *vivencial*, es una experiencia interior, a lo cual está unida la posibilidad de la autotrascendencia, pues, al conocer vivencialmente, percibe con mayor claridad que es una parte, aunque muy pequeña, del cosmos (o de la supraconciencia o de la supramente o de la divinidad), conciencia que hace trascender nuestro sentido de individualidad en busca de la totalidad. Por este camino el hombre se siente parte del cosmos y hacia esa conciencia cósmica comienza a caminar.

Ahora abandonemos este campo de la psicología actual y reflexionemos un momento. Visto el proceso del conocimiento, en el que se recupera la funcionalidad de la realidad y abre al sujeto cognoscente a la trascendencia, poco costará descubrir con claridad la complementariedad de lo real del objeto con lo subjetivo del sujeto, lo mismo que la posibilidad de mirar con mente unitiva hacia la trascendencia. Reflexión que permite ya descubrir cierta relación entre esos niveles que conocemos como “realismo”, “idealismo” e “hiperrealismo”, los cuales –según vamos descubriendo– son diversos pasos o niveles diferentes de un mismo proceso en devenir, que por naturaleza es imperfecto, hacia la perfección o realización. Aislar uno de los otros, supone perder la perspectiva humana del conocer desde la realidad hasta la totalidad, negar el sentido de la evolución irreversible de la existencia en busca de la perfección y de la realización del ser humano en la totalidad de la supraconciencia o conciencia cósmica.

Además, hay otra connotación clara, pues si el conocer consiste en *vivenciar* las sensaciones en la unión del objeto con el sujeto, éste ha vivenciado la realidad en su interior, le ha dado vida, y el contenido de esta experiencia íntima es lo que universalmente se conoce como reflejo de la realidad absoluta, porque el sujeto ha contemplado en su interioridad lo que le viene del exterior a la luz del ideal que le viene de arriba. A su vez, como esta clase de conocimiento es fuente de unidad, su naturaleza consiste en ser uno con aquello que conoce, pues aquí conocer no es

analizar, sino unificar. Entonces, percibir la realidad física o la realidad superior es ser uno con ellas. Y, como existe correspondencia entre los modos de conocer y los niveles de conciencia –como puede explicar cualquier psicólogo actual- la realidad superior es un nivel de conciencia, al cual todos llaman Mente o nivel superior de conocimiento.

Por este proceso, la realidad o su extremo superior la realidad absoluta, son un único nivel de conciencia, un solo modo de conocer, que es la Mente unificadora. Y lo que está claro es que nunca se puede predicar de esa Mente, que es la totalidad, el que sea *ideal* o *concreta*, *espiritual* o *material*, *vitalista* o *mecanicista*, porque hacerlo supondría establecer una oposición dualista o la posibilidad de que existieran diversos puntos de vista, cuando aquí no existe más que uno, el del nivel de conciencia de la Mente unificadora o, si se quiere, el de la conciencia cósmica.

Desde esta perspectiva ya no tendrá sentido el separar realismo de idealismo, pues todo es uno en la unidad de la supramente o de la totalidad cósmica, ambos conceptos forman un solo nivel de conciencia y un único modo de conocer. O dicho de otra manera, en el todo cósmico o en la divinidad se identifican lo real y lo ideal, unificación que se ha ido preparando a lo largo del proceso crítico del conocimiento y de la autotrascendencia del “yo” individual.

## 8

De lo dicho en el apartado anterior, se deduce que cualquier pregunta sobre la realidad desborda nuestra visión racional e incluye una perspectiva metafísica. Claro, en toda esta cuestión, ya desde Heráclito hasta hoy, todos los pensadores han coincidido en dar la preeminencia a la razón sobre los sentidos como instrumento del conocimiento de la verdad, lo cual quiere decir que siempre se ha concedido mayor realce al sujeto que conoce que al objeto conocido. Entonces, habrá que admitir la importancia de este proceso mediante el cual aprehendemos el mundo, pero convencidos de que se trata de un procedimiento interior y constructivo, un complejo intelectual e interior al hombre, encaminado a establecer la unión entre lo sensible y lo metafísico e intentar explicar los problemas que experimenta la existencia en devenir entre el tiempo y la eternidad. En la actualidad, la mayor parte de las ciencias del hombre están de acuerdo en esto, cuya estela vamos a seguir a continuación.

Es importante resaltar que este proceso del conocimiento es el que engendra nuestra experiencia, la cual es el medio, aunque difícil de describir o compartir, que posibilita la interacción entre el hombre y el mundo total, ya sea el físico o el metafísico. Y nos convenceremos de ello cuando descubramos que la experiencia pone en funcionamiento la conciencia (el alma de los neoplatónicos), que es la experiencia del *darse cuenta* o del *despertar* a realidades superiores en busca del proceso de unidad, pues es un hecho admitido que la conciencia se revela siempre como un conocimiento unitivo. Entonces, no debe extrañarnos que la experiencia interior mire siempre hacia la totalidad y, en el cumplimiento de su misión unitiva, lo incluya todo, lo que sentimos, lo que vemos, lo que oímos, todas nuestras emociones, nuestras sensaciones corporales, la totalidad de nuestros pensamientos, todas nuestras imágenes y representaciones y muchas cosas más, todo. Y esto es posible, si aceptamos que el hombre es un “yo” pensante y espiritual, abierto a lo físico y a lo trascendente, y que puede conocer ambos planos, si le concedemos que es una conciencia en expansión que le permite trascender más allá de los límites de su propio “yo” y, además, corroboramos que es un ser espiritual. E insistimos en que puede conocerlos, porque, por encima de todo, se destaca la *conciencia de unidad*, pues la experiencia de la realidad es el primer paso que abre el camino hacia la metarrealidad tal cual es, ya que, al desaparecer la dicotomía externo/interno, mundo/individuo, objetivo/subjetivo, aparece la fuerza unificadora de la mente, que es la constructora de la unidad cósmica, donde se percibe la verdadera realidad.

En este largo proceso, que va desde la realidad sensible hasta la metarrealidad inteligible, el ser humano desarrolla un nivel de conciencia tal que hace surgir a primer plano esa unidad subyacente entre el hombre y el universo, del que es una mínima parte. Dicha conciencia de unidad es la que termina por revelar la realidad superior, que es el conocimiento unificado de todo en la totalidad de lo real y de lo trascendente. Y le es posible hacer este recorrido, porque los diversos planos de percepción o distintos niveles de esa conciencia en expansión o diversos modos de conocer se unen o se complementan en la totalidad de esa conciencia universal o supramente, el único estado de conciencia real, en la que el ser se ha integrado para la adquisición de un conocimiento total o “visión holística”, como la llama la psicología actual. Y, claro, en esta realidad superior, lo mismo que en su percepción intelectual, ya no hay oposición entre planos diversos, pues todo es uno, por lo que lo real es lo mismo que

lo ideal, lo abstracto que lo concreto, lo material que lo espiritual. Por encima de todo domina la unidad.

Si todo esto se admite, es esperable que el ser humano no se quede sólo en ese nivel sensible de los sentidos o en la razón, que es el campo de la experiencia externa del “yo”, sino que se le admita la posibilidad de trascender, de poder entrar en los planos de lo espiritual y de lo inteligible mediante los diversos niveles de su conciencia, hasta llegar a la experiencia de la unidad y, mediante ella, acceder al nivel contemplativo de la totalidad, donde ya no existe lo material separado de lo espiritual, ni la realidad sensible de la ideal, sino todo fusionado en la auténtica realidad, que es la unidad total y absoluta, la identidad con la totalidad o lo absoluto, el único estado de conciencia real.

A la luz de todo esto, resulta inadmisibile el hablar de idealismo frente a realismo como dos vías distintas y opuestas entre sí, donde el idealismo lleva a lo utópico e irrealizable, a lo increíble e inesperable, a lo que no tiene influencia ni efecto alguno en la vida de los hombres, mientras que el realismo abarca todo aquello que domina la razón y la experiencia tal como la entiende el común de los humanos, que es lo bueno y beneficioso para el hombre y la sociedad. Pensar de esta forma supone estar muy próximo a ese idealismo subjetivista e inútil o, por el otro lado, no muy lejos del objetivismo materialista. Esta última postura implica no admitir la espiritualidad del ser humano o despreciarla como algo inútil y sin sentido. Supone, por otra parte, creer que el hombre es solo razón, que con su análisis se centra exclusivamente en lo material, lo cual supone pensar que el hombre está encerrado en su experiencia egoica y sin ninguna posibilidad de apertura a la dimensión espiritual, actitud que impide el desarrollo del hombre total, de todas sus potencialidades y de sus posibilidades de evolución. Para esta postura intelectual le resulta ridículo admitir que el hombre sea una parte mínima del cosmos, que debe integrarse en la totalidad, que es la única realidad.

Todo lo cual significa tener una visión fragmentada del hombre y del mundo. Y ¿por qué no utilizar una mirada totalizadora del hombre y del cosmos? Dicho en términos más técnicos, estas posturas intelectuales niegan o desprecian las experiencias en que se expande la conciencia más allá de los límites habituales del “ego” y de las limitaciones ordinarias del espacio y del tiempo. Habrá que hacer una reflexión y corregir muchas actitudes e intenciones, superar ideas muy arraigadas en la cultura occidental y dejar de creer que el hombre es un ser pensante y muy

desarrollado, pero que tiene un papel transitorio. Pensemos que, frente a estas actitudes, la antigua “filosofía perenne”, incluso la ciencia hermética, hablan de un ser humano que tiene un rango igualitario al resto del cosmos y, es, en última instancia, divino. O algunas ciencias actuales que hablan de un ser, cuya conciencia está en expansión constante y puede ascender a la unidad cósmica o un ser cuya existencia sigue una trayectoria irreversible capaz de unir el tiempo con la eternidad. Ideas que hacen reflexionar en torno al ser humano, a las posibilidades de que dispone y las pocas que en realidad utiliza en su capacidad evolutiva y realizadora. Si pensamos conforme a la cultura occidental, no necesitamos más que lo que entendemos por realismo, el idealismo no encuentra sentido alguno, mientras que si optamos por la nueva dirección de las ciencias del hombre, para nada necesitamos distinguir entre realismo e idealismo, pues ambos forman una unidad indestructible y son necesarios y beneficiosos para el ser humano en su recorrido hacia la realización, la libertad y la perfección.

## 9

Creo que ya es hora de llegar a un ejemplo práctico. Si nos fijamos en la literatura generada por el Humanismo renacentista, a la lírica petrarquista se considera como idealista, mientras que a la novela picaresca, por ejemplo, se tiene por realista. Y uno se pregunta ¿debemos aceptar esta división tradicional que en el fondo es una oposición? Si se analiza esta cuestión desde la doctrina humanista, cuya base ideológica es el neoplatonismo, no se halla razón alguna para hablar de realismo e idealismo, sino de un conjunto de pensamiento que genera una estética única, que incluye unidos lo que entendemos por idealismo y realismo.

En efecto, es una idea básica y generalmente admitida entre los neoplatónicos, a la que responde toda la cultura humanista, que el alma dispone de *dos caras* o *dos miradas*. La superior que, a través de la mente (la parte intelectual superior, que está más allá de la razón y es capaz de mirar hacia la trascendencia), busca el ideal y la unidad de la naturaleza, pretende en realidad conectar con el Alma del mundo o mente cósmica mediante la facultad superior de la mente e, incluso, llegar hasta la mente divina. Para esta línea el conocer es unificar, conducir hacia la unidad en un movimiento ascendente y sintetizador. Mientras que la inferior mira hacia las cosas de la realidad, con las que conecta con la razón a través de

los sentidos. Aquí el conocer es igual que razonar, o sea, una capacidad de análisis disociador y desintegrador. Ahora bien, es muy importante destacar que no se trata de dos miradas distintas y opuestas, sino que se complementan abarcando desde lo real hasta lo trascendente e, incluso, la cara inferior no puede actuar si no va dirigida por el ideal que proviene de la mirada superior, lo cual asegura también la unión de ambas miradas, que no son otra cosa que lo que llamamos idealismo y realismo.

Claro, los neoplatónicos, herederos de Platón y de la “filosofía perenne”, suponen el primer intento por solucionar el enigma platónico de conciliar el ser siempre idéntico a sí mismo y la realidad continuamente cambiante, propuesto por el Extranjero del *Sofista*, y que no es otra cosa que la relación entre el ser, que es imperfecto, y el devenir, que es el camino hacia la perfección, es el problema de la existencia sometida al devenir, que incluye todas las tensiones que sufre este ser que camina entre el tiempo y la eternidad, como piensa la física actual, que propone la unificación entre el estudio de la física del “devenir irreversible” (lo que llamamos realismo) y la “física de la eternidad” (lo que se entiende por idealismo).

Platón plantea el enigma, pero no lo soluciona, porque la verdad esté fuera del tiempo del devenir al residir en el mundo de las ideas. Es verdad que el alma la puede intuir o contemplar, mas, para llegar a su total posesión, antes debe liberarse de las ataduras del cuerpo, con lo cual deja de interesarle el mundo por ser mera apariencia. Ahí radica la dualidad platónica entre mundo real y trascendente o entre multiplicidad y unidad. Serán los neoplatónicos los primeros que intentarán dar una solución a este enigma dualístico y lo harán precisamente con la teoría de las dos caras del alma, con la clara intención de dar un sentido al ser humano que lucha entre el devenir de su existencia y el deseo de lo trascendente. Por este camino descubrieron que solo el ideal permite dar sentido a esa existencia inmersa en la realidad cambiante, lo mismo que a la inteligencia que conoce dicha realidad, y pretenden explicar no sólo la existencia, sino también la realidad que la rodea. De este modo, el ser humano, que vive en el tiempo (realidad), se inserta en un devenir irreversible hacia lo trascendente (lo ideal), por la sencilla razón de que el tiempo, que se había originado en la eternidad, termina también en ella.

Pero lo más importante es que esa mirada, que no es dual, sino total, le es imprescindible para poder autotranscender y realizarse, y que la utilizará como medio para acceder a la unidad cósmica, al conocimiento total y, de



este modo, contribuir al desarrollo de todas sus posibilidades como hombre, ya sean humanas, psicológicas, intelectuales o trascendentes. Cualidades que no son facetas separadas, sino que forman una unidad indestructible, que es el ser humano total, el cual puede realizar un esfuerzo físico lo mismo que razonar, es capaz de emocionarse y también de utilizar la mente y, del mismo modo, le es permitido trascender lo material para conectar mentalmente con lo absoluto. Así, no sólo se realiza como hombre, sino también se salva o se endiosa, hasta aquí llega el proyecto neoplatónico. Y no se olvide, en toda la “filosofía perenne”, la naturaleza esencial del hombre viene definida por su espiritualidad, lo que le permite trascender lo material y poder entrar en contacto y fundirse con lo espiritual y divino. Ahora se entiende que el Humanismo sea considerado como un programa de realización del hombre total, como ser natural y como ser trascendente, en la *phýsis* y en la *metà phýsis*.

Claro, la idea surge una y otra vez, y uno piensa que, más que utilizar los términos tradicionales de realismo e idealismo, tal vez fuera mejor emplear el término de *búsqueda*, pues estamos ante una literatura que busca el ideal allí donde está la verdad y que es la que realiza al hombre como ser natural y trascendente. Pero, para llegar a la realización trascendente, es imprescindible que esté humanamente realizado, es decir, que tenga sabiduría y piedad, como indican los ideólogos neoplatónicos.

Esto es lo que se llama ahora “hiperrealismo” o negación de cualquier separación entre lo real y lo ideal, porque no existe el vacío considerado como no ser, y para lo que siempre se ha utilizado el término de “realismo intelectual”. Para llegar aquí no es suficiente la lógica, la razón o la deducción, sino que es imprescindible recurrir a esa otra parte intelectual del ser humano situada más allá de lo racional, que parece no tener valor científico, y que es el camino de la intuición y el sentimiento hacia la unidad. Línea que, según los teóricos del neoplatonismo contemplativo o pasivo, incluye el arte, cuyo cultivo ayuda a ciertos hombres, los *sabios*, a conseguir su realización mediante la sabiduría y la piedad.

Ahora bien, si en la línea contemplativa, llevada a cabo con la mirada superior del alma, se parte de las sombras de la realidad, el artista puede elegir la vía activa o cara inferior, mediante la cual, partiendo de su razón, que descodifica los datos de los sentidos, llega a la realidad de este mundo material o de la sociedad, y comienza a analizarla racionalmente y, mediante el análisis, la conoce, y una vez conocida, podrá transformarla. Pero esa transformación debe ser hecha bajo la luz del ideal, que es el

patrón que, viniendo de la mirada superior, descubre la belleza, lo mismo que lo bueno o lo malo, lo justo y lo injusto, etc. Con lo cual el idealismo se une con el realismo a través de la subjetividad humana y el resultado es ese empeño de los humanistas por transformar al hombre, la sociedad en que vive y la fe que practica.

Y esto es lo que refleja la literatura humanista de la época del Renacimiento. Es verdad que, en la lírica petrarquista o la novela pastoril, da la sensación de predominar el idealismo tal como lo entendemos nosotros, pero si reflexionamos un poco, enseguida descubriremos que esta literatura parte de un realismo, de una mujer real y concreta de este mundo de las sombras y, a través del proceso crítico del conocimiento y el ascenso posterior de la cara superior del alma (todo ello se llama el "ascenso platónico), el amante es capaz de trascender los límites de su individualidad y ascender hasta la unidad cósmica y la unidad divina, que es la culminación de su realización por la belleza. El proceso lírico, pues, comienza con una belleza real y física y termina en la belleza divina. De modo similar se considera que la novela picaresca es realista, aunque no corresponda del todo a la verosimilitud aristotélica, pero en realidad estamos ante ese neoplatonismo activo o cara inferior del alma, el cual, mediante la narración de la vida de un marginado, intenta introducir el ideal de la cara superior en la realidad social de la época para organizarla más justamente, tarea que incluye la mirada hacia el ideal y hacia la realidad. Ambas manifestaciones literarias pretendían ayudar al hombre en la búsqueda de su realización y a solucionar los problemas de su existencia, unos lo hacían desde la línea pasiva o trascendente, que en cierta manera se aproxima a lo que se entiende por idealismo, pero su punto de partida es realista, y, otros, desde la activa y transformadora de lo humano y lo social, que es lo interpretable como realismo, pero ya hemos visto la influencia del ideal en la realidad. El modelo de esta combinación de realismo e idealismo es Cervantes quien mejor lo consigue. Pues bien, mientras nosotros creemos estar en lo cierto al separar ambas líneas, ellos las unían en un arte que algunos han llamado "realismo psicológico".

En conclusión, es verdad que el hombre es razón, pero también voluntad y sentimientos, partamos de ese hombre total que busca la plenitud de su realización mediante una evolución progresiva, marcada – según las teorías de la evolución- por la flecha del tiempo, que, partiendo de lo real, conduce hasta el punto omega y conecta con la eternidad. De ahí que el hombre total incluya lo material y lo espiritual, lo humano y lo

trascendente. Así lo entendía el humanismo neoplatónico y así creo que debemos entenderlo a la hora de enjuiciar una obra literaria, en la que siempre hay un punto de unión entre el realismo y el idealismo, aunque predomine uno de los dos, proporción que depende si se centra en el hombre dentro de la realidad o mira hacia su parte trascendente o metafísica. Y con este neoplatonismo coinciden todas las tradiciones míticas, la “filosofía perenne”, la antigua sabiduría o “prisca theologia”, incluso la Biblia desde sus primeros libros.

Una tradición tan fuerte, renovada y adaptada por varias ciencias actuales, como la psicología transpersonal o la física cuántica, no se puede abandonar a causa de esta distinción ilusoria de nuestra cultura occidental entre realismo e idealismo, cuyo efecto es empobrecer al hombre y reducirlo a pura razón, olvidando que el espíritu humano es entendido por todas las tradiciones como un modo de conciencia, mediante la cual el individuo convierte el objeto real en imagen espiritual, que le permite trascender y, siguiendo dicha línea, se siente unido al cosmos como un todo, para lo cual necesita de ese cúmulo de posibilidades del hombre total. Tal actitud intelectual como la expuesta, esta muy alejada de la nuestra, que es básicamente materialista, e implica una visión mecanicista y fragmentada del hombre y del mundo, por estar concebida bajo el dualismo objeto/sujeto del positivismo filosófico y de la visión newtoniana-cartesiana que abre la posibilidad de esa oposición realismo/idealismo.

## 10

La posibilidad de pasar de lo material a lo espiritual, de lo sensible a lo inteligible, de lo real a lo trascendente, que une realismo e idealismo, hay que buscarla en el proceso gnoseológico de estas tradiciones antiguas y, para ello, nos basaremos en la versión neoplatónica, especialmente en Plotino.

Ante todo, las cosas de la realidad, aunque tengan identidad, que es la forma que les da el alma, son una copia o reflejo de las ideas, los originales y donde reside la verdadera realidad. El sujeto que conoce es un ser que vive en la realidad de este mundo, rodeados de infinidad de seres, que son los objetos que debe conocer. Pues bien, en esa interacción hombre/mundo, el objeto impresiona el sentido o facultad sensitiva y

transmite la *impronta* a la razón convirtiéndose en *imagen*, que analiza la razón y emite los juicios pertinentes sobre ella. Pero no termina aquí el papel de la razón, porque el conocimiento de ese objeto exterior no se completa solamente con los datos de los sentidos, sino que la razón añade las nociones provenientes de la inteligencia (facultad superior), las cuales transmiten al alma cierta información proveniente de la idea universal. De este modo se completa el conocimiento del objeto real, pues el alma combina lo sensorial, que viene de la realidad, con lo espiritual, que proviene de la idea universal, une así la copia con el original y, al compararlas, conoce dicho objeto. La descripción es sencilla, pero ya indica cómo en esa imagen se unen lo real (realismo) con lo espiritual (idealismo) y, además, cómo el sujeto que conoce trasciende del objeto sensible a la imagen espiritual y a la inteligible que proviene de la idea, siendo esa imagen espiritual, en realidad obra de la conciencia, la responsable de la unión de lo real con lo ideal en el interior del sujeto cognoscente.

Si se reflexiona un momento, vemos que resulta evidente que, en el momento en que hay imágenes, surge la conciencia como medio del conocimiento, pero ya es una comprensión interior o íntima, en la que sujeto y objeto se han identificado, con lo que termina la fragmentación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, pues la conciencia (o alma, como decían los neoplatónicos) es un conocimiento distinto al de la razón, el cual es análisis y fragmentación, fundamentado en la experiencia externa, mientras que aquella, basada en la experiencia interna o íntima, practica un conocimiento que engendra unidad, pues aquí conocer es igual que unir. Luego, en este proceso del conocer, la razón aporta un conocimiento mediato, discursivo, dialéctico y demostrativo. Pero, al ser iluminada la imagen por la idea, que es el principio de unidad, comienza a aparecer ese conocimiento íntimo, unitivo e intuitivo. Por este medio el conocimiento *dualista* del principio del proceso cognoscitivo se ha convertido en conocimiento *íntimo*, inmediato e intuitivo, mucho más clarividente que el oscuro conocimiento racional y la conciencia ha pasado de lo material al nivel de lo espiritual. Ese paso es lo que llama Plotino el “acto del despertar” a la trascendencia, pues la conciencia percibe que esa imagen, que proviene de la realidad, es un reflejo de la idea, que está en la conciencia universal o en la mente divina, por lo que puede pasar ya de lo material a lo espiritual e inteligible y, tras ello, percibir lo divino.

Este inicio del proceso del conocimiento coincide plenamente con el acto del enamoramiento de la lírica neoplatónica. En efecto, el amante (el sujeto) contempla una mujer hermosa en la realidad (objeto) y, al enamorarse por los ojos (sentido), aparece en su alma la *imagen espiritual* de esa mujer. Ya en su interior, esa imagen, que le ha entrado por el sentido, conecta con la imagen que proviene de la idea de mujer del universo superior, conexión o comparación que le hace despertar a la trascendencia y reconocer que la imagen percibida por los sentidos es copia de un original superior, donde descubre la divinidad. Desde este momento comienza la unión de sujeto y objeto y ha pasado de lo material a lo espiritual, percibe el gusto del conocimiento intuitivo y superior y abandona la mujer física y real para unirse con el reflejo de la divinidad, perceptible en esa confluencia de la imagen espiritual con la idea universal de mujer, mas como esa divinidad no puede poseerla mientras esté unido al cuerpo material, comienza la ausencia, porque ahora lo que desea es esa divinidad que no tiene.

Esto es lo que quieren expresar los amantes petrarquistas con la poética de los ojos y el continuo arder en fuego de amor que incendia todo su ser. Amantes convertidos en piras de fuego amoroso, que son los testigos de ese gran descubrimiento de la divinidad de la amada y, por ello, experimentan ese agridulce despertar de lo material (mujer física) a lo espiritual (el reflejo de la divinidad). Y digo agridulce, porque ese despertar le llena de felicidad, pero también de tristeza ante la imposibilidad de llegar a esa belleza absoluta, lo que explica la brevedad de la presencia inicial y justifica la larga ausencia de su camino hacia la posesión de la divinidad, que, como es lógico, sólo le será posible tras la separación de la materia con la muerte.

El siguiente paso del proceso cognoscitivo es el que va del *conocimiento del alma* a la *inteligencia universal* o *totalidad*. La inteligencia universal (*Mens*) es infinita y contiene todas las cosas. Para comprender no las recorre todas, porque ya las ha recorrido y de algún modo está en todas ellas, pues las ha producido (creación o ¿emanación?). Por tanto, la inteligencia se piensa a sí misma, en ella ve todo y, viéndose así misma, ve todas las cosas. En cambio, la inteligencia del alma (*mens*) intenta persuadirnos, pero, como está todavía próxima a la razón, discurre, no contempla en sí misma, como hace la inteligencia pura reduciendo todas las cosas a la unidad. No obstante, el alma puede perfeccionar su conocimiento. Para ello, debe adecuarse a las huellas presentes en ella y recibidas de arriba, pues todas ellas proceden del modelo, del original, y

son copias o imitaciones del original presentes en el alma. Unas serán más claras, otras más borrosas, dependiendo de su proximidad o alejamiento del original. Entonces, el modo que tiene el alma de perfeccionar su conocimiento consiste en seguir de cerca esas huellas o imágenes de que dispone en su conciencia, pues cuanto mejor intuya en ellas la luz de la inteligencia divina, más semejante se hará a la inteligencia superior mediante la contemplación de dichas imágenes. Cuando acceda a la igualdad de la inteligencia superior completará el segundo paso del proceso cognoscitivo y habrá llegado al universo de la unidad de la inteligencia universal, porque el alma, razonando y contemplando de acuerdo con sus fuerzas, puede llegar hasta allí, aunque todavía sin abandonar la imagen presente en su alma, que será mucho más perfecta que aquella imagen espiritual inicial. Hasta aquí podrá llegar el alma mientras está unida al cuerpo material.

Los poetas recurrirán a todas sus galas líricas para cantar este paso, que es normalmente hasta donde le permite llegar su metalenguaje poético. Ellos sustituyen ese razonar o contemplar por una acumulación de belleza, todas las hermosuras que conocen las reunirán en esa imagen espiritual de su alma y, cuanto mayor sea dicha acumulación, más alto se elevarán, hasta llegar al siguiente grado de belleza en su vuelo hacia la belleza divina. Por este procedimiento dan el salto desde su alma al alma del mundo o alma universal, pasando así a otro nivel de conciencia y, por ello, a otro modo de conocimiento, basado en una visión de unidad mucho más amplia, que le permite comprender mejor la totalidad cósmica y sentirse una parte más de ella.

Este sentimiento de lo cósmico propicia el momento en que la *imagen espiritual* se convierte en *imagen ejemplar* y, en su avance hacia el original, pasa de la imperfección del *modelo espiritual* a la perfección mayor del *modelo ejemplar* de belleza y comienza a familiarizarse con la inteligencia generadora de unidad. Todo esto lo expresan poéticamente con el *locus amoenus*, la tranquilidad el mar y otros medios. Con esta técnica ponen de manifiesto ese cúmulo de belleza que han descubierto, que es la perfección del alma universal. Algo que se descubre por las características de ese lugar de belleza, el cual ya no tiene límites precisos, es infinito, carece de tiempo y su ubicación es imprecisa. Por ello, se acumulan árboles, plantas y flores de diversas procedencias climáticas, la amada adquiere dimensiones cósmicas, las brisas se convierten en fuerza cósmica, los esplendores luminosos son capaces de cegar la vista y los colores aumentan sus tonalidades, la tranquilidad y los frescores regalan el

alma, los rumores apacibles se multiplican, el amante dialoga con el agua, los árboles y las flores, en realidad todo un conjunto que no solo es cósmico, sino también paradisíaco, la reproducción del edén originario de la humanidad, que es lo que el poeta imagina o piensa que puede aproximarse a ese alma del mundo.

Ahora bien, todos esos lugares edénicos, llenos de armonía, apacibilidad, tranquilidad y belleza, son el reflejo de esa imagen ejemplar, por eso se expresa por una alta desmaterialización de todos sus elementos y por la concentración de la luz y el color. Pero, no olvidemos, siguen siendo huellas o imitaciones de la idea universal, la cual está aún más arriba, en la mente divina. Mas, al aumentar su inteligencia, contempla más en unidad y descubre que todo camina hacia la unidad y presiente y vivencia esa unidad universal, que es el conocimiento cósmico o conocimiento del alma del mundo, aunque no haya aparecido la unidad total del Uno, de la divinidad. Esa unidad del alma universal se pone de manifiesto en esa mezcla de árboles y flores, de colores y brillos luminosos, de piedras preciosas y maderas nobles, cuya reunión en un punto es impensable en la realidad. Esa unidad, producto de la simpatía y atracción entre todo, aunque sea muy diverso y esté muy distante en la realidad, es el medio del que dispone el poeta para comunicar esa sensación de unidad cósmica y, al mismo tiempo, el grado de conocimiento, belleza y perfección a que ha llegado el alma.

El último paso del proceso del conocimiento es el que va de la *inteligencia* al *Uno*. Es el final del recorrido, más allá ya no hay escalón ninguno. Es el Bien supremo, el real y la causa de todos los demás bienes. Aquí el alma descubre la conciencia de la totalidad, el conocimiento de todo en la esencia divina, la sensación de la plenitud de la unidad. Evidentemente, ahora encuentra el original, la verdadera realidad, y abandona todas las copias que ha ido encontrando en su ascenso hacia el conocimiento total, porque ha llegado a la Mente divina, donde reside la unidad de los inteligibles o de las ideas. Todo, pues, se resume en un nivel de conciencia de unidad y en el conocimiento unitivo en la esencia divina.

Pero todo esto es lo que configura la visión de los bienaventurados, estado al que el hombre no puede llegar ni experimentar, a no ser tras la disolución del compuesto, tras la muerte. Por tanto, mientras se vive en esta realidad aparental, el Bien sigue arriba, siendo el más amable y añorado, no sujeto a devenir ni mutación, pero el alma lo intuye, unas veces parece que está cerca, otras más lejano, mas el alma ya presiente

una vida clara, intelectual y bella, a causa de la clara luz que proviene de la parte superior. Por ello, el alma contempla como atónita ese algo divino que lleva consigo, lo ama, entra en estado de nostalgia, anda siempre en su búsqueda y anhela dirigirse hacia él, desea su posesión, por lo que desdeña las cosas de acá abajo por estar envueltas en materia y percibe que su belleza no les es propia, sino que proviene de otra parte.

Y todo esto es posible porque el alma se ha vuelto inteligencia, contempla como inteligencia y está a punto de instalarse en la región de lo inteligible. Primero lo vio racionalmente con la parte inferior del alma, con el razonamiento y el pensamiento, después contemplativamente, es decir, no pensando o reflexionando, sino contemplando con una intuición receptiva por medio de la parte intelectual y superior del alma, haciéndose una misma cosa con el inteligible, pero no puede poseer el Bien, por el hecho de ser extremadamente puro y sin mezcla y el alma está unida al cuerpo, que es algo material.

El canto del poeta llega hasta el universo del alma del mundo, desde donde intuye la parte superior, los universos del ángel y el divino, pero ya siente dificultades para expresar sus sentimientos, porque le falta el lenguaje, ya que –como confiesa el poeta– las cosas divinas no se pueden expresar en canto humano. Por eso, cuando percibe o intuye la luz que le viene de arriba, esa belleza ideal del universo angélico e, incluso, del divino, el poeta acalla la voz o dice frases breves e incapaces de comunicar el alto grado de contenido sentimental y anhelante que siente. La materia del cuerpo impide a su alma la ventura de pasar a lo divino. De ahí que, tras la llegada al modelo de belleza, la imagen ejemplar del alma cósmica, intuya una belleza y un conocimiento más altos, pero, como no puede poseerlos, sufra el alejamiento de la ausencia y sus sufrimientos, pues la unión con lo divino sólo le será posible tras la muerte y la transformación del cuerpo material en espiritual.

Por todo ello, mientras llega la muerte y se abra la presencia eterna, que es lo mismo que el devenir de la existencia desemboque en la eternidad, el alma sigue esperando la liberación, pero siempre con vértigo, con miedo a caer en el vacío, sin deseos de mirar hacia el suelo y hacia lo material, muriendo de amor y de ansias de fusión con lo divino y de la fruición que proporciona, siempre pendiente de su felicidad y de su contemplación, aunque no sea todavía total y perfecta. E incluso sufre por la ausencia en que vive, por la separación del Bien que haría feliz el alma y andará a la deriva por mares tempestuosos, lugares agrestes o áridos,



siempre llorando y lamentados su estado con todo cuanto encuentra. Otras veces, sin salir de la ausencia, puede mostrarse contento por la contemplación lejana del Bien. Todo depende de su estado de confianza o de desesperanza en que se encuentre en cada momento. Mas, al final, espera que llegue la plenitud de la unidad y el endiosamiento.

Hemos descrito un doble proceso neoplatónico, que incluye dos líneas paralelas y complementarias, por un lado el proceso gnoseológico o la posibilidad de conocer y, por otro, el ascenso platónico, que es el programa de realización del hombre como ser trascendente y que termina en el endiosamiento, que consiste en llevar a la plenitud esa parte divina de que somos portadores. Pero no podemos olvidar que en ambas líneas hemos partido del objeto real y físico y hemos llegado hasta lo cósmico y lo divino mediante esa parte espiritual de todo ser y la expansión de su conciencia, lo cual exige pasar de este mundo de lo real hasta llegar al mundo espiritual y trascendente, lo que significa pasar de lo físico a lo metafísico y, en ese paso, se han unido lo real con lo ideal, ampliando el horizonte del ser humano al conseguir desbordar los límites de su “yo” mediante su autotranscendencia.

## 11

Hemos visto como el hombre puede pasar del conocimiento sensible al inteligible, de lo material a lo espiritual, mediante ese conocimiento íntimo e intuitivo, en el que contemplar es unificar y unir es lo mismo que conocer, lo cual ha sido posible desde el momento en que hemos hallado un ser no fragmentado, alejado de esa brecha que muchos encuentran entre el hombre y el mundo, entre el sujeto y el objeto, que impide pasar de lo material a lo espiritual. La solución que hemos encontrado en la “filosofía perenne” supone reconocer y dar valor a la experiencia subjetiva, a la vivencia de nuestra realidad interior, pues es esta interioridad la que mueve nuestra forma de conocer y da alas a esta lírica neoplatónica en la búsqueda de la perfección. En este conocimiento ya no existen realmente términos o niveles opuestos, propios del conocimiento dual, sino contemplación de todo en el Uno. Por tanto, en el conocimiento de esa auténtica realidad descubierta, que es el original de todas las cosas, ya no se diferencia lo material de lo espiritual, lo real de lo ideal, lo concreto de lo abstracto, sino que todo se unifica en el todo (mente cósmica) o en el Uno (Mente divina).

Como contraste a la descripción hecha, puede observarse cómo aparecen los términos opuestos cuando se mantiene la separación entre el sujeto y el objeto, que engendra un conocimiento dual, o, en el caso de la lírica, cuando el poeta describe la ausencia, que mantiene la separación entre el amante y la amada, el lenguaje poético se llena de opósitos, de los que el más típico es el fuego/hielo, reflejo de ese mundo dual, que provoca la fragmentación existencial en que vive el amante, pues no logra captar el objeto amoroso, se le escapa, y no consigue la identificación con la amada para poder trascender su identidad individual, que sería el camino para llegar al conocimiento íntimo y unitivo, el único camino de realización. Y lo mismo sucedería si lo enfocamos desde el punto de vista del conocimiento, pues si sólo puede conseguir un conocimiento dual y fragmentado, lo lógico es que se reduzca a la comprensión de lo real, se limite a lo más próximo, que es el objeto sensible, abandonando los niveles de lo espiritual.

Entonces, ya no tenemos argumentos para calificar esta poesía de idealista, sino que hay que ser consciente de que se trata de una *búsqueda* interior, que potencia un esfuerzo transpersonal por llegar a un conocimiento donde, alejado de cualquier pensamiento dual, se funda lo real con lo ideal en una unidad indestructible, la *hiperrealidad*, que es la vivencia de la unidad en el todo. Y no puede ser ideal porque el poeta, al trascender los límites de su identidad personal, no la pierde, sino que la amplía al desarrollar esa unidad subyacente entre él y el universo, pasa de lo individual a lo cósmico, donde ya no hay realismo o idealismo, sino una contemplación vivencial de todo en la unidad. Y, por el contrario, si existiera diferencia u oposición entre ambos términos, supondría pensar que el poeta no ha trascendido las barreras de su individualidad, lo cual indicaría que seguía utilizando su mente dual y, en consecuencia, manteniendo la separación entre sujeto y objeto, lo que inclinaría a llamar idealista esta poesía alejada de la razón, cuando no en clara contradicción con ella, pues es hasta donde puede llegar la mente dual, que se centra en lo próximo y experimentable, es decir, en el realismo.

Es evidente que ello supondría condicionar nuestra actuación en el mundo, desde el momento en que se sigue una determinada visión de la realidad (idealista o realista), lo que determinaría en un sentido o en otro la respuesta que esta nos da. De este modo, la naturaleza se nos daría en parte, solo aquello que es esperable según la condición puesta. Con lo que el realismo sólo tendría valor para los realistas y el idealismo para los idealistas, dependiendo, claro está, de la condición puesta a la realidad y

de la respuesta esperada de ella, lo que llevaría a infravalorar o despreciar la postura contraria. Y es lógico que, si nuestra visión del mundo está condicionando nuestro acercamiento a él y predeterminando la respuesta que nos pueda dar, la naturaleza se nos ofrece en parte, concretamente en aquella que esperamos, lo cual es poco ortodoxo en una ciencia. Corregir esta actitud, supone pensar que proviene de una visión mecanicista y fragmentada de la realidad, practicada durante varios siglos, situación que sólo es posible cambiar si sustituimos los métodos y los valores que subyacen a nuestra cultura individualista y materialista actual, como continuación de los siglos pasados. Cambio que tendría que reflejarse, como es esperable, en actitudes más orgánicas y más totales, es decir, en vez de fijarse en las partes, habría que concentrar el esfuerzo en un análisis intuitivo del todo, sin despreciar las relaciones entre las partes.

Pero, incluso con lo dicho, no es suficiente, lo que exige completar el pensamiento. Es de sobra conocido el que está emergiendo este antiguo paradigma o visión del mundo en distintas áreas de la sociedad actual, tanto dentro como fuera de la ciencia, el cual está enraizado en una percepción existencial, que va más allá de lo considerado como científico, y es la conciencia de unidad íntima y sutil de todo en la vida y de interdependencia entre sus múltiples manifestaciones y de sus ciclos de cambio y transformación. Lo cual exige que, entre el análisis científico y la vivencia mística, tendrá que existir alguna relación, que aflorará cuando se perciba que, en ambas direcciones, el resultado es producto de la razón, de la mente y de la intuición, con lo cual vemos que el científico llega a vivenciar su descubrimiento y el místico ha partido en el inicio de lo racional. Pero, claro, no perdamos nuestra trayectoria, pues si esto es así, anulamos claramente cualquier derecho a separar lo racional de lo intuitivo, o lo que es lo mismo, el realismo del idealismo.

Avancemos un poco más en nuestra reflexión. Lo dicho anteriormente, lleva necesariamente a entender el espíritu humano como un medio de trascendencia, que permite vislumbrar que el hombre no queda reducido a los límites de su identidad individual, sino que es una parte del cosmos o, según las tradiciones antiguas, que es divino, con lo que se siente ligado a todo y a todos, formado un todo que se llama universo o cosmos o, desde el otro punto de vista, busca sumergirse en la divinidad. Pero, moverse por estos caminos de la psicología actual, exige abandonar el exclusivismo de la razón y admitir que el ser humano dispone de otras facultades intelectuales y volitivas más allá de la razón y de naturaleza espiritual, con las que puede desbordar los límites de su “yo” y trascender su situación

material y limitada, para introducirse por los caminos libres que le ofrece el espíritu, pero que no percibe con excesiva claridad la razón.

Esta nueva vía exige aprender a unir lo racional con lo intelectual y volitivo, que son direcciones complementarias y necesarias de la intelectualidad humana, pues unas no pueden ser entendidas sin las otras, si en realidad deseamos partir del hombre total, que es el único camino para integrarlo con éxito en la totalidad. Y todo ello supone llegar a la convicción de que el hombre no es un ser fragmentado, lo que pide abandonar el dualismo positivista y aceptar la espiritualidad del ser humano como una dimensión normal de la existencia con su influencia en el desarrollo de la persona y de sus potencialidades latentes, las cuales permiten al hombre sobrepasar los límites de lo individual y personal, la frontera que le impone lo racional, para acceder a un sentido de identidad más amplio y profundo, que rebasa su personalidad individual para integrarle en una identidad “transpersonal”, en una comunión con la totalidad cósmica o divina.

En fin, si esta poesía, llamada idealista, tiene como base el humanismo neoplatónico, es lógico que, lo mismo que dicho humanismo, busque la realización del hombre. Y es claro que la realización humana es la cima de todas las *necesidades*<sup>2</sup> que siente el hombre a lo largo de su existencia. Entonces, si se considera al ser humano sólo como un ser pensante y transitorio, es lógico que no se vaya más allá de una realización humana y material, con lo que ya se ha fragmentado al ser humano, porque hemos atendido solamente a una de sus partes. Por el contrario, si se sigue el paradigma humanista de que el hombre puede llegar a ser aquello que quiera ser, es evidente que la realización humana satisfaga las necesidades

<sup>2</sup> Me refiero a la “Teoría de las necesidades” de Maslow, quien expone a existencia de una jerarquía de necesidades en el ser humano: 1. *Necesidades fisiológicas*, que se refieren a los alimentos. 2. *Necesidades de seguridad*, que incluyen la organización para evitar las posibilidades de miedo y dolor. 3. *Necesidades de amor y pertenencia*, que consisten en, una vez logrado un lugar estable donde vivir y unos ingresos económicos, buscar satisfacción sexual, una pareja, hijos, amigos y la pertenencia a un grupo. 4. *Necesidades de estima*: Tras las necesidades de amor, surgen las de estima o de evaluación estable y elevada de sí mismo por parte de los demás. 5. *Necesidades de realización*, la cima jerárquica de las necesidades, que atañe al propio arsenal personal para llegar a ser lo que cada uno quiera ser. Esta necesidad incluye las necesidades de conocimiento y trascendencia, que son las necesidades superiores del hombre.

de conocimiento y de trascendencia. Pero sabemos ya que, satisfacer la necesidad de trascendencia, exige aprovechar ese conjunto de potencialidades que forman parte de la naturaleza psicológica del hombre y que residen también en el inconsciente, las cuales se integran dentro de lo que se conoce como espiritualidad humana. Posibilidades que, aunque no se desplieguen, existen en todas las personas como potencialidades. Por todo ello, la realización humana supone atender al hombre total, excluye cualquier desaprovechamiento de alguna de sus posibilidades y obliga a atender no solo a lo material, sino también a lo espiritual.

Entonces, no encuentro razón alguna para hablar de realismo e idealismo, porque separarlos lleva a desatender alguna de las posibilidades del hombre, pero unirlos o yuxtaponerlos supone conseguir la realización total del ser humano, que abarca el espacio que va de lo material a lo espiritual y trascendente, de lo sensible a lo inteligible, de lo múltiple a la unidad cósmica. Todo un proceso de la búsqueda de la unidad mediante un conocimiento íntimo e interior, un estado de conciencia unitiva, en la que ha desaparecido cualquier división entre sujeto y objeto, lo que implica la utilización de las facultades superiores para vivenciar y acceder a la unidad de la totalidad cósmica o la fusión con la divinidad. De este modo se unen o complementan los espacios que corresponden al realismo y al idealismo y se integran dentro del proceso total de la realización del hombre tal como propone el humanismo renacentista, momento del florecimiento de la lírica neoplatónica.

Con lo que llevamos dicho ya es fácil deducir lo inapropiado que resulta el calificar esta lírica de idealista. En efecto, dentro de una sana ontología es fácilmente perceptible que, cuando el individuo ha alcanzado un nivel elevado de desarrollo y de crecimiento personal, comience a sentir una serie de dudas y a plantearse preguntas existenciales –nada idealistas en el sentido que damos al término–, que inevitablemente le obligan a mirar hacia la trascendencia. El fenómeno ha sido fácilmente detectado por todas las culturas de la humanidad y siempre han buscado una respuesta adecuada de acuerdo con la evolución de la civilización, ofreciendo sistemas de creencias, mitos, dogmas, incluso el arte, encaminadas a aplacar esa inseguridad ontológica generada por la ansiedad o la angustia. Y este es el caso de esta lírica neoplatónica, que aporta una respuesta a las dudas del hombre moderno del Renacimiento, ofreciéndole una vía de integración del ser humano en la divinidad, con lo que podían aplacar esa oscura sensación de orfandad en este mundo de la inautenticidad de las sombras y de las apariencias, proyectándole hacia la

totalidad cósmica del alma del mundo, la verdadera realidad, y, finalmente, hacia la divinidad.

Jamás en ningún documento de la época renacentista, se oye hablar de idealismo de ninguna clase, las voces se encaminan a advertir que el neoplatonismo es causa de herejías, aunque ya aparecen los primeros susurros que podían interpretarse como base de un idealismo, por cuanto pensaban que este sistema de pensamiento tiene poca solidez y lo reducen a falsedades de poetas y su única utilidad la cifran en ser una fuente para aprender a bien hablar. Claro, los autores de estas observaciones eran los teólogos escolásticos, los guardianes de la ortodoxia escolástico-aristotélica, los cuales, si uno es consciente de la situación, confunden ontología con teología, de cuya confusión están muy alejados los poetas neoplatónicos. Pero aquellos preparan el camino para las distinciones inmediatamente posteriores entre idealismo y realismo. En efecto, desde la Ilustración hasta nosotros, el hombre moderno ya no halla satisfacción en las ofertas de estas corrientes culturales, que implican la trascendencia o cualquier dimensión metafísica, por lo que confunden todo esto con la teología o la religión o, en el peor de los casos, lo reducen a un epifenómeno o a una patología encubierta. Por este camino aparece ese término de idealismo como símbolo de lo inútil por inalcanzable, por estar más allá de la razón, y, al que lo practica, le tachan de irreal, utópico o iluso. Mientras que el realismo, casi equivalente al dominio despótico de la razón, se convierte en la norma o la ley de la utilidad en cuanto sinónimo de lo real y práctico. Esto se conoce como lo razonable y se opone a la irracionalidad de lo que mira hacia la dimensión metafísica. Por este camino, es evidente que se desatienda ese fondo difuso de insatisfacción de todo ser, vinculado a la percepción intuitiva y a la integración en la unidad universal, y que aparezca ese fenómeno conocido con el nombre de “síndrome de desarraigo cósmico”, consistente en que la persona se vea a sí misma entre la nada y la nada, perdida en una existencia a la que no le encuentra sentido, arrojada en un mundo absurdo y abocada a la muerte.

Con nada de todo esto, que acabamos de plantear y causante de la distinción entre idealismo y realismo, tiene que ver esta poesía neoplatónica. Se trata de una lírica enraizada en las tradiciones antiguas de la “filosofía perenne” y portadora de un mensaje de liberación del ser humano que vive en el mundo real, mensaje que le habla de la necesidad de superar lo material, o darle menor importancia, porque lo fundamental es trascender lo real (realismo) para llegar a la dimensión espiritual, a la

unidad universal y al endiosamiento (idealismo). En ello no descubro inutilidad alguna, tampoco que sea una pura ilusión, sino plasmación de una realidad perfectamente admisible, la de que el hombre inserto en la realidad de las cosas no es sólo un ser material, sino que también es espiritual, con una conciencia en expansión permanente, que le proporciona conocimientos cada vez más unitivos, hasta darse cuenta de que es una parte del cosmos, aunque pequeña, y caminar hacia esa unidad universal y, por fin, si percibe que tiene una parte divina, fundirse con la divinidad. Todo lo cual indica que esta poesía comunica un mensaje de liberación de lo material, de realización humana y trascendente y de salvación que proporciona la felicidad. Y, desde el punto de vista ontológico, describe una trayectoria claramente evolutiva, que parte de la disgregación de los individuos en este mundo material hasta llegar a la integración en la unidad cósmica y divina.

## 12

Sin salir de la literatura humanista ¿qué sucede cuando el autor utiliza la cara inferior del alma y produce la llamada literatura realista, como puede ser la novela picaresca? Enfoquemos brevemente el mismo tema desde este lado de la realidad.

Cuando el alma, la persona o la conciencia personal, del artista se dirige hacia la realidad o la sociedad que le rodea, utiliza la razón a través de los sentidos y comienza el análisis de esa realidad para conocerla y, una vez conocida, intenta dominarla y transformarla. El proceso es siempre más o menos similar. Pero la razón sólo alcanza hasta aquellas regiones en las que se puede reconocer la huella de los sentidos, por lo que, si conoce esa realidad con una visión más amplia que la que proporcionan la razón y los sentidos, es porque en su alma tiene noticia, aunque sea oscura, de cómo es en la idea, que es la verdad, el ideal. Entonces, en el mismo momento de conocerlo, el sujeto compara esa realidad conocida con el ideal, comparación que le encamina a la transformación de dicha realidad, es decir, no acepta esa realidad tal cual es, sino como es en el ideal, que es la verdad, mientras que la realidad que percibe por los sentidos es la falsedad. Todo lo cual implica que el artista, tanto en el acto cognitivo y de análisis, lo mismo que en el acto creativo, los haga a la luz del ideal que está impreso en su alma y, al proyectar esa luz sobre la realidad, descubre la verdad del ideal y la falsedad de la

realidad o copia del ideal, lo que le lleva a transformar la realidad a partir de esa verdad de la idea universal. Es decir, busca que la copia se asimile al original y, de este modo, el ideal se reencarna en la realidad, en el tiempo y en la historia, para darle un sentido y hacerla avanzar hacia delante y hacia la perfección, lo que está indicando la conexión existente entre lo real y lo ideal.

En esta comparación entre la copia y el original, se pueden distinguir tres pasos. En el primero, una vez que ha entrado la realidad por los sentidos y se ha convertido en imagen espiritual, nos cercioramos de la correspondencia existente entre la realidad y la idea, que pone en movimiento el deseo de lo mejor. Eso es el acto de conocer o de darse cuenta de la situación, es precisamente lo que Plotino llama el “despertar” o, como pensamos hoy, es el momento en que la existencia practica el paso de la energía al espíritu (unión de lo real con lo ideal) y adquiere una sensibilidad espiritual, que le permita aproximarse a formas nuevas de existencia cada vez más perfectas. Esto es lo que se inicia en el segundo paso, pues el ideal descubierto comienza a proyectarse hacia el futuro, busca el devenir anticipando el futuro mediante la intuición, con la intención de asentar el ideal en la sociedad y darle el sentido de avance perfectivo, porque el devenir es la ley del ser imperfecto. No hemos rebasado hasta ahora el análisis de la realidad y su comparación con el ideal, pero ya se va perfilando su mutua incidencia. En un tercer momento, llega la fusión del ideal con lo real, que se lleva a cabo cuando el ideal se encarna en lo real y, a partir de aquí, comienza la transformación de la realidad o una búsqueda de mayor perfección, un avance irreversible siguiendo la flecha del tiempo y un reflejo de la evolución del ser humano y de la sociedad, que por naturaleza son imperfectos por ser existencias en devenir.

Y sin darnos cuenta, hemos planteado las bases de cualquier revolución. Creo que una revolución, más que la alteración del orden existente, que lo es en realidad, significa el deseo de asentar el ideal en una realidad que se considera injusta y obsoleta, que cree que el tiempo es reversible e igualador de las situaciones y, por ello, nada debe cambiar, aunque normalmente las revoluciones vengan motivadas por impulsos económicos colectivos. Entonces, considero que cualquier etapa revolucionaria debería ser un paso consciente o un momento de efervescencia del ideal, dentro de la eterna evolución del género humano inmerso en un devenir irreversible. Pero la complicación viene de la existencia de dos fuerzas en liza, una es la voluntad de vivir de lo que



quiere nacer y la otra es el deseo de seguir viviendo lo que antes existía, que es el choque entre lo caduco y lo nuevo, entre dos visiones opuestas del ideal. Por esta razón, las revoluciones nunca han sido pacíficas, pues no permiten crear sin destruir. A pesar de ello, siempre buscan la identidad del ideal con lo real, es más, ese querer asentar el ideal en la realidad es precisamente su esencia y lo que le da sentido.

Si pasamos a la literatura y dejamos a un lado la cuestión de la revolución, observamos que a esta literatura (picaresca, teatro primitivo, etc.) se le ha llamado *realismo*. Pero si es un realismo en el sentido que lo entendemos normalmente ¿qué hacemos con ese ideal que es el responsable de la intención de cambio y transformación y mediante el cual el ideal se inserta en la realidad? Todos sabemos que el hilo que une el ideal con la realidad es muy sutil, pero también somos conscientes de que, al entrar el ideal en el devenir irreversible de la historia, implanta irremediamente las renovaciones y las transformaciones sociales, se busca que lo imperfecto sea más perfecto, por lo que no se puede despreciar lo ideal, sino concederle un gran poder y una enorme importancia. Por este camino es imposible disociar el ideal de la realidad, pues esta sin aquel no tiene sentido, ya que sin él la sociedad no podría evolucionar. Pero también se puede concluir que el realismo no se puede disociar del idealismo y que lo que llamamos realismo adquiere todo su sentido unido al idealismo y la valoración de cualquier realismo dependerá de la mayor o menor influencia del idealismo.

## 13

Cada vez me ratifico más en el convencimiento del que el arte humanista no es una simple *imitación*, porque, para poder imitar, habrá que buscar primero el original, ni tampoco es un mero *reflejo* de la realidad, como afirman los defensores del realismo, porque entonces la obra no rebasaría los límites de una crónica de sociedad o de una reproducción de una situación dada, lo que supondría empobrecer el arte. Creo que el arte es fundamentalmente *búsqueda*, ya sea de la auténtica realidad (la superior, la verdad) o ya sea del mejoramiento de la realidad física por la acción del ideal. La primera es la perfección por antonomasia, por lo que una vez descubierta, no cabe otra posibilidad que contemplarla y disfrutar de ella y, como dice Herrera, comunicar su hallazgo a los demás por medio de la obra de arte. En cambio, la segunda es perfectible

en le devenir histórico y el arte es uno de los instrumentos de la búsqueda de esa perfección, lo cual implica una transformación hacia grados superiores hasta conectar con la perfección de la línea superior. Esta es la esencia del arte según la “filosofía perenne”.

Ahora es cuando se puede ver con claridad la idea de que el hombre es un proyecto de realización, lo cual no es ningún idealismo. Y, para llevarlo a cabo, debe saber que no tiene trazado su destino y, en su consecución, no depende de ninguna predeterminación física ni metafísica, sino que debe buscarlo y construirlo por sí mismo. Pero ese destino, según el Humanismo, es humano y metafísico, lo cual exige que el hombre se realice como ser humano y como ser trascendente, tarea que está uniendo con toda claridad el realismo con el idealismo. Ahí es donde creo que se asienta la razón de que el arte sea una búsqueda y una ayuda para la realización personal.

Pero también, para la cultura neoplatónica, el hombre es capaz de acceder a la unidad cósmica, porque puede llegar hasta el universo del “Alma del mundo”, lo que indica que existe una continua presencia del hombre en la naturaleza y de la naturaleza en el hombre y, como es un ser total por utilizar la parte material y la espiritual (unión de lo real y lo ideal), dispone de una única vida para descubrir las bellezas cósmicas, su unidad, su armonía y su apacibilidad, para contemplarlas y aproximarse a la perfección, lo mismo que es capaz de enfrentarse a las necesidades humanas, para remediarlas y ennoblecer la existencia humana en consonancia con el ideal, que unifica toda la vida y todas sus miradas en la búsqueda de la perfección. Por aquí hay que buscar el secreto de cualquier arte, porque, si es auténtico arte, ayudará a buscar en libertad el destino humano y su mensaje pondrá en movimiento todas las posibilidades (las humanas y las espirituales) de que dispone el ser humano para realizarse y ser feliz. Por esta razón, el arte no sólo trascenderá la condición humana para perseguir el ideal, sino que también atenderá a la mejora y transformación de las necesidades e intereses humanos. Todo ello supone que el arte identifica lo que se entiende por realismo e idealismo en una unidad estética al servicio del ser humano.

Transitar por estas latitudes supone superar cualquier asomo de maniqueísmo y abrir los ojos a otras posibilidades. Y libre de estas trabas, descubrir otra urdimbre, otra trama diferente a la tradicional, que conduzca a seguir la elevación de la conciencia humana hacia un nivel cósmico mediante un movimiento armónico de los acontecimientos.

Entonces, si el universo posee una dirección evolutiva inherente, el ser humano, que forma parte de ese conjunto, tendrá que ajustar su pensamiento y sus actos a la corriente de ese fluir evolutivo que le arrastra consigo. Ahí precisamente debe situarse el esfuerzo personal por construir cada uno su destino, cuya consecución está en unirse con todo en la conciencia cósmica y el recorrido va desde la realidad en que vive el hombre hasta las dimensiones metafísicas más elevadas a que pueda llegar.

No resulta fácil entender esta propuesta de la “antigua sabiduría”, pues las dificultades y los choques con nuestra manera de pensar acechan por doquier. Para superarlos, habrá que tener en cuenta un principio que no siempre ha sido aceptado y que consiste en admitir que la espiritualidad es la esencia del ser humano y, como la existencia es una energía en devenir hacia formas nuevas de existencia, esa energía se transmuta en espíritu para poder llegar a formas hasta entonces desconocidas y no contenidas en niveles inferiores, con lo que desaparece cualquier oposición entre lo real y lo ideal. Planteamiento que viene apoyado por la psicología actual, que demuestra cómo el hombre no termina en los límites de su “ego” y, en consecuencia, no es sólo razón, sino que posee una conciencia en expansión con una serie de potencialidades evolutivas, lo que le permite superar los límites de lo personal y de lo real y pasar a niveles superiores de conciencia, los cuales pueden ser espirituales y cósmicos e, incluso, divinos. De este modo se amplía su experiencia y aumenta su identidad personal, que puede llegar hasta los límites de lo cósmico y lo divino. Ahora bien, a esos diversos estados de conciencia corresponden distintos grados de conocimiento, caracterizados por el grado de unidad conseguido en cada uno de ellos, porque, conocer más allá del “yo”, supone unificar. Todo lo cual revela el acceso a la experiencia de conocimientos, relaciones y nexos de una realidad más vasta y rica, que no puede encerrarse dentro de los límites de la razón, sino comprenderla unitivamente y captarla con una mirada unitiva capaz de relacionar y unir cosas aparentemente opuestas y darles sentido, porque el universo está surcado por una amplia y tupida red de relaciones entre todo, urdimbre que abre el camino a la unidad universal mediante la atracción de la similitud entre todo. Este es un aspecto de ese camino que llevar al ser en devenir desde lo real hasta lo cósmico y universal e, incluso, hasta las proximidades del ser absoluto, sin que se perciba fractura alguna entre la etapa de lo real y la superior del ideal.

Debemos pensar además que los ideales se desenvuelven dentro de un mundo espiritual y metafísico, pero también debemos ser conscientes de que la metafísica, en una de sus acepciones actuales, se considera como una interpretación intelectual del mundo visible, en cuanto que es una realidad que apunta y empuja hacia su superación en grados superiores de ser. Ahora bien, esa realidad perceptible tiene como punto de partida la existencia, que en su más íntima estructura es una energía en movimiento, en perpetuo fluir y, en su expansión, se va concentrando en diversas formas, lo que hace posible diversas experiencias relativas en el seno de la existencia única. Esas formas, que la existencia va adquiriendo en su despliegue energético, se pueden configurar en tres órdenes dinámicos unidos entre sí, de los que el primero es el de la *estructura*, un fluir energético confuso y conflictivo, que se perfecciona en el orden del *organismo*, donde ya existe la vida, que es la condición indispensable para poder expresarse la existencia. Pero, al llegar al orden de la *conciencia*, la existencia adquiere un nivel de expresión tan puro y espiritual que no resulta perceptible por los sentidos, sino por las facultades intelectuales superiores, pues sus manifestaciones son de naturaleza inmaterial y engendran un mundo trascendente, en realidad distinto del físico, aunque no exista ninguna ruptura con él, sino mera continuación en el devenir de la existencia. Por lo tanto, el devenir es la ley de todo ser, pero de un ser que no es total, sino imperfecto, pero es el que capta la razón. Luego la existencia es la de un ser imperfecto que comienza su devenir movido por un anhelo de plenitud y solo al final del camino encontrará el reposo y, con él, la perfección. Con lo cual el devenir es el signo de la imperfección y durará mientras haya imperfección, es además la ley de de la realidad imperfecta y expresión de su movimiento ascendente hacia el reposo y la plenitud de la realidad trascendental, que es la unidad, pues la existencia en devenir es una fuerza de superación de las diversidad de existencias hacia la unidad, ya sea cósmica o ya divina.

En este fluir se inserta el ser humano, que es una existencia en proyecto de realización. Es materia, es cuerpo y también conciencia, que se expande en busca de la perfección hasta el nivel trascendente. Pero esa perfección gradual la encuentra en la forma de conocer. En un principio conoce mediante la razón a través de los sentidos, conocimiento que es inmediato, pues brota de la certidumbre de su existencia y de la existencia de una realidad exterior emparentada con él. Ese es el mundo real, el que da sentido a cualquier realismo. Mas es un conocimiento racional, insuficiente e incompleto, ya que se conocen las formas y sus leyes de

movimiento, pero no se capta la esencia de los seres ni las finalidades que los animan. Por ello necesita de un conocimiento más perfecto, que será resultado de la observación íntima del sujeto en sus funciones intelectuales, volitivas, etc. Estamos ante una forma superior de conocer, liberada de la sensibilidad y que se acerca a las cosas de la realidad desde el sentimiento íntimo de la identidad de todos en la unidad, en el todo, es decir, desde el ideal. Por eso, este conocimiento, más que conocer en el sentido que todos entendemos, siente las cosas y las ama en su mismo ser, es decir, tiende a mudarlas, a reducirlas o adaptarlas a niveles superiores de existencia para lograr la unidad armónica de todos los elementos del universo. Es, pues, un proceso ascendente desde la realidad hasta el ideal, que va ajustando la diversidad de la existencia del mundo real al fluir armónico y unitivo de lo espiritual, para acelerar el proceso de superación por el que los seres buscan una participación cada vez mayor en el todo, ya sea cósmico o divino. Esto es lo que más o menos expresa fray Luis de León en la Oda X, cuando quiere volar desde el suelo hasta la “rueda que huye más del suelo”, el cielo, para contemplar la “verdad pura, sin velo”. Y es curioso, no utiliza el verbo ‘conocer’, sino que allí “veré, distinto y junto,/lo que es y lo que ha sido,/y su principio propio y escondido”. El poeta, pues, ve todas y cada una de las cosas en una perfecta unidad (“distinto y junto”), que puede ser cósmica, pero él lo ve como conocimiento en la esencia divina.

Evidentemente, el proceso descrito, coincidente con muchas descripciones anteriores, demuestra lo absurdo de oponer el realismo al idealismo y considerarlos como dos formas opuestas de acercarse a la realidad o dos modos distintos de entenderla. Sin duda alguna realismo e idealismo se integran en un mismo proceso intelectual de conocer el mundo y de interpretar la realidad. Considero que el arte no es realista ni idealista, sino más bien una *sabiduría de la totalidad*, es la sabiduría que revela al mundo como unidad cósmica o divina, para facilitarnos la vivencia comprensiva de toda la realidad como una realidad transfigurada en sustancia espiritual, lo cual se consigue a través de un conocimiento completo e intuitivo, que sea capaz de conocer la totalidad de la realidad y de la existencia. Este conocimiento tiene una etapa primera que es sensorial, un conocimiento por los sentidos, mediante el cual el individuo se pone en relación con todo lo que le rodea, ya sea para asimilarlo o para rechazarlo mediante su facultad racional. En un segundo momento, el verdadero contenido cognoscitivo de la sensación se afianza cuando la conciencia convierte las sensaciones en imágenes, pues es la facultad que

puede acomodar la realidad externa de la sensación a sus propios fines trascendentes. Tal representación imaginativa evidencia que es el sujeto el que acomoda la realidad externa a sus fines espirituales mediante la transformación de la realidad física en algo de naturaleza espiritual con la mirada puesta en su idealización y, al mismo tiempo, pone de manifiesto que el individuo no es coaccionado por ningún determinismo de las leyes que rigen el mundo exterior.

En conclusión, el arte es un acto de conocimiento creador que no se queda en la mera abstracción, sino que es capaz de interpretar el mundo mediante su conexión al ritmo superior del espíritu a través de la imagen y esa encarnación del ideal es la que abre el camino a la comunión con el todo, porque, al considerar el mundo como “*res significans*”, lo adapta al ritmo armonioso del todo. Este conocimiento creador tiene la virtud peculiar de unir lo distinto y unificar lo complejo en la unidad del todo. Por tanto, el arte, en cuanto conocimiento estético, es una manera bella de disponer y transmutar la realidad en imágenes y, mediante este proceso, hacer que la realidad objetiva pierda el ritmo de su manifestación material y, así, ajustarse al ritmo superior del espíritu, lo que supone la transformación de lo material por la acción espiritual del ideal y permite interpretar la realidad mediante un conocimiento que no es adecuación a las cosas (“*adequatio rei et intellectus*”), sino que las supera o las transporta al nivel espiritual, donde la realidad se pone en contacto con la unidad de la totalidad, lo que permite captar esa realidad en su más profunda esencia, es decir, sentirla desde la unidad del todo, contemplar su verdadera perfección.

Considero que resulta claro que lo que se entiende por realismo, es una arte que reduce la realidad a las categorías abstractas que proporciona la razón, cuando interpreta los datos provenientes de la realidad a través de los sentidos. Aunque se diga que el escritor tiene mucha imaginación o que presenta las cosas como deberían ser, no es más que una organización o una formalización, más o menos bella, de la realidad. Entonces, más que un acto creador, es una formalización racional de la realidad. En cambio, lo que se entiende normalmente por idealismo, es una verdadera actividad creadora y unificadora, que sobrepasa los límites de la razón y será la conciencia intuitiva la que se adentre en el mundo del espíritu para descubrir la unidad de todas las cosas, que es la función unitiva, perfeccionadora y realizadora del arte. Entonces, nuestra postura no consiste más que recoger esas ideas de la “antigua sabiduría” y de la ciencia actual, para ver que el arte es un fenómeno complejo, que incluye

lo que se llama realismo, que es la percepción de la realidad, y lo que se considera como idealismo, que es la interpretación de la realidad desde la unidad de la visión cósmica o divina. Luego, nada de oposición entre los dos conceptos, sino conjunción de ambos en un único esfuerzo creador y realizador.